

La nueva configuración política de América Latina:

Apuntes para un debate abierto.

Carlos Oliva Campos

Como citar: CAMPOS, Carlos Oliva. La nueva configuración política de América Latina: Apuntes para un debate abierto. *In:* TOLENTINO, Célia Aparecida; POSSAS, Lúcia M. Vianna; CORREIA, Rodrigo Alves (org.). **Idéias e Cultura nas Relações Internacionais**. Marília: Oficina Universitária, 2007. p. 25-40. DOI: <https://doi.org/10.36311/2007.978-85-60810-02-4.p25-40>



All the contents of this work, except where otherwise noted, is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 (CC BY-NC-ND 4.0).

Todo o conteúdo deste trabalho, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença Creative Commons Atribuição-NãoComercial-SemDerivações 4.0 (CC BY-NC-ND 4.0).

Todo el contenido de esta obra, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Sin derivados 4.0 (CC BY-NC-ND 4.0).

CAPÍTULO 2

La nueva configuración política de América Latina: apuntes para un debate abierto

Carlos Oliva Campos¹

América Latina vive hoy uno de los períodos mas interesantes y a la vez, mas convulsos de su historia reciente. Interesante, porque la fisonomía socio-política regional ha cambiado incuestionablemente. Convulso, por el derrumbe de no pocos paradigmas tradicionales, que lejos de facilitar los cambios ocurridos, complican el parto de un nuevo horizonte regional. Por ello el tratamiento del tema desde una perspectiva histórica, puede contribuir a ordenar la evolución de los acontecimientos y avanzar hacia el encuentro de algunas respuestas pendientes.

De la revisión de los escenarios precedentes se recuperan tres procesos históricos como principales antecedentes a considerar:

1. Los desenlaces de la llamada Crisis Centroamericana de los años 80.
2. El proceso de democratización regional que se activa a mediados de los años 80s en América Latina.
3. El derrumbe de la Unión Soviética y los países socialistas de Europa Oriental.

Cada uno de estos procesos históricos acumula una amplia y variada bibliografía, lo que permite evadir exposiciones detalladas e ir directamente a la identificación de aquellos factores que explican sus conexiones con la actual situación regional.

¹ Coordinador Regional de la AUNA

La crisis centroamericana de los años 80s, fue fruto de una larga historia de subdesarrollo, miseria, tutelaje estadounidense y explotación desmedida de los recursos naturales de la subregión y de la inmensa mayoría de su población por parte de las empresas transnacionales y la oligarquía nativa. Las soluciones, artificiales, triunfaron debido al agotamiento de las fuerzas en pugna y a un universo de factores objetivos y subjetivos resultantes, tanto de las políticas aplicadas por el gobierno de Estados Unidos, como de los errores, antagonismos y contradicciones al interior de las fuerzas guerrilleras. Como es conocido, tras largos años de guerra, en los casos de El Salvador y Guatemala triunfaron procesos de negociaciones en los cuales se pactó la paz, pero las aspiraciones de justicia social y de transformaciones socio-económicas que favorecieran a la mayoría de la población quedaron indefinidamente pospuestas.

Tal vez como mejor ejemplo de todo lo que perdió el movimiento revolucionario centroamericano, tenemos el caso histórico de la Revolución Sandinista, derrotada por medio de elecciones democráticas, cuestión no esperada por sus dirigentes. Ese golpe demoledor para los revolucionarios centroamericanos dejó muchísimas interrogantes y otras tantas lecciones para el futuro, que no pueden ser desestimadas.

El segundo antecedente histórico que debemos considerar, es el proceso de democratización regional que, aparentemente, se activa tomando como punto de inflexión la derrota militar argentina en la guerra de las Malvinas, de abril-junio de 1982. La revisión de los acontecimientos acaecidos demuestra como las transiciones de gobiernos militares a civiles que se sucedieron, fueron el resultado de procesos políticos internos, expresión del agotamiento de los proyectos castrenses. La activación del proceso desencadenó una sucesión de transiciones de gobiernos militares a civiles en Brasil, Bolivia, Perú y Uruguay; a los que se sumaron otros posteriormente. De una historia tan bien conocida deben ser rescatados algunos hechos, por ejemplo, que el modelo democrático emergente de estas transiciones, controladas por las dictaduras militares, resultó funcional a los intereses de Estados Unidos hasta el punto de que fue aplicado, por supuesto con sus particularidades, en países centroamericanos como El Salvador, Honduras y Guatemala; e incluso en el Caribe, con el caso de Haití. Otro hecho importante a destacar es que muchas de las fuerzas políticas revolucionarias emergen a la democracia muy lesionadas por los cruentos años de dictadura y se producen no pocas divisiones internas que en nada favorecieron sus opciones políticas electorales; a diferencia de otras fuerzas políticas tradicionales de derecha, no tan golpeadas por los años de dictaduras militares.

El tercer tema, obviamente con un impacto global a diferencia de los anteriores. tuvo implicaciones para todo el sistema internacional, para la correlación de fuerzas entre las grandes potencias, para las fuerzas de izquierda y para las fuerzas de la derecha más conservadora a nivel internacional liderada por Estados Unidos.

¿Qué conclusiones sacar de estos tres grandes fenómenos, a los efectos del tema que nos convoca?. En primer lugar, que se originó un notable cuestionamiento de la lucha revolucionaria por la vía de las armas, dadas las grandes lecciones extraídas de Centro América,. Después de lo acontecido, el movimiento guerrillero colombiano quedó, prácticamente, como el único beligerante en la región. En segundo lugar, ante el evidente agotamiento de los gobiernos impuestos mediante juntas militares, son los propios mandos castrenses los que aceptan y facilitan la transición a la democracia; abriendo un espacio a los gobiernos civiles que se fortalece además con los nuevos paradigmas de defensa de la democracia y los derechos humanos que se imponen a nivel internacional en la era de la post guerra fría. En tercer lugar, tras la caída de los gobiernos socialistas europeos se abre un proceso amplio y difuso de revisión, cambios y negación en algunos casos de las tradicionales fuerzas de izquierda en América Latina; originando diferentes interpretaciones sobre las nuevas formas de lucha y el papel del gran capital; dando lugar, por tanto, a una mayor fragmentación de esas fuerzas.

AMÉRICA LATINA EN LA POST GUERRA FRÍA

Unido a éstas nuevas realidades, el panorama económico regional se desdobra en diferentes aristas. De una parte, se hace evidente el auge del neoliberalismo, política económica que ha traído traumáticas consecuencias para muchos de los países de la región. De otra, con el lanzamiento de la llamada Iniciativa para las Américas de junio de 1990, por el Presidente George Bush, padre, se va consolidando la idea de crear un Área de Libre Comercio para América del Norte (TLCAN) como base para el proyecto de Área de Libre Comercio para las Américas (ALCA) en el cual queda involucrado todo el continente (a excepción de Cuba), a partir de 1994. En este nuevo escenario abierto para los países del hemisferio, se van imponiendo las tendencias emergentes a nivel internacional en las cuales una nueva tríada de poder se establece y consolida, conformada por las grandes empresas transnacionales, los gobiernos neoliberales, como imprescindibles instrumentos de control y regulación y los organismos internacionales al estilo del Banco Mundial (BM), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y para el caso de la región el Banco Interamericano de Desarrollo (BID). Este nuevo poder internacional encuentra

resonancia, apoyo y subordinación en los grandes capitales latinoamericanos que se pliegan a las nuevas políticas.

En contraposición a este poder emergente aparece la lógica reacción de la sociedad que, presionada por los nuevos desafíos y amenazas que tiene que enfrentar alcanza niveles de movilización, organización y articulación nunca antes apreciados a nivel de todo el sistema internacional. Tal es el caso del generalizado movimiento anti-globalizador, con ramificaciones en todos los continentes y que para el caso de América Latina se alimenta de otros contenidos como son la lucha contra el Neo Liberalismo y contra el Proyecto del ALCA. Diversas organizaciones del continente, como la Alianza Social Continental van uniéndose a otras redes de la región y del exterior, organizando múltiples foros para exponer sus posiciones y denunciar las consecuencias de la globalización, el neoliberalismo, el ALCA y las nuevas estrategias de dominación de Estados Unidos sobre los pueblos de la región. Como puntos históricos de inflexión de estas nuevas luchas, aparecen las movilizaciones organizadas contra las Cumbres que realizan las grandes potencias destacándose los casos de Seattle (1999), Cancún (2003) y Miami, en diferentes ocasiones, donde las protestas condicionaron muchos de los resultados que estos países pretendían alcanzar.

A partir de 1989 con la ya inminente caída de la Unión Soviética y los restantes países socialistas europeos, se va abriendo para las relaciones entre Estados Unidos y América Latina una coyuntura excepcionalmente favorable para el desarrollo de las nuevas políticas norteamericanas que serían aplicadas. El nuevo escenario ha sido desarrollado y analizado en un trabajo titulado Estados Unidos-América Latina y el Caribe: Del Panamericanismo al Neo Panamericanismo (PREVOST; CAMPOS, 2002) revelando esencialmente como las nuevas condiciones históricas abiertas por la post guerra fría facilitan el privilegio de gobiernos neoliberales apoyados y estimulados por Estados Unidos; así como la concertación de las grandes empresas transnacionales interesadas en el control y explotación de nuestros recursos naturales y las oligarquías nativas. Sin embargo, paralelamente a este nuevo escenario que se iba gestando e imponiendo, iba naciendo el ya mencionado movimiento popular, anti-globalizador, anti-neoliberal y anti-ALCA y al interior de algunos de nuestros países comenzaban a darse las señales de la reacción y la resistencia social. Así tenemos que en ese propio año de 1989 se genera en Venezuela el llamado "Caracazo", que fue ese conjunto de manifestaciones populares que, aunque no demostraron la existencia de un movimiento político organizado, removieron las cimientos del viejo régimen oligárquico venezolano. Precisamente, la no solución a los graves problemas sociales presentes en Venezuela fue la que originó apenas 3 años después el intento de golpe militar

del Coronel Hugo Chávez, figura que como sabemos triunfó ampliamente en las elecciones de 1998 en ese país.

Pero la reacción de las fuerzas populares comienza a tener expresiones igualmente en otras naciones del hemisferio. Tal es el caso del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) que conmocionó a la sociedad mexicana al inicio de 1994, abriendo nuevos paradigmas de lucha contra el gran capital. En este caso hay que recordar como inteligentemente el EZLN transitó del enfrentamiento armado a un modelo de confrontación política original que se ha logrado insertar en el debate político de esa nación. También con el EZLN se abrió un nuevo capítulo de la lucha popular, con la colocación del tema indígena y la reivindicación de los derechos sociales, políticos y económicos de los pueblos originarios, lo que tuvo gran repercusión en países con notable población indígena como Ecuador, Bolivia, y Perú, que avanzaban en su propia organización interna. Para entender la magnitud de esa repercusión, baste recordar que los indígenas ecuatorianos actuaron decididamente para el desplazamiento del poder de dos presidentes en ese país (Jamil Mahuad en 1999 y Abdalá Bucaram en el año 2001). En el caso de Bolivia los movimientos indígenas lograron a partir de su lucha reivindicativa, la salida del poder del presidente Gonzalo Sánchez de Lozada en el año 2003 y de su sucesor, Carlos Mesa (2005).

Paralelamente a estos movimientos étnicos, la crisis económica generada por el neoliberalismo en Argentina, desata un amplio movimiento popular en diciembre del 2001, que dió lugar a la caída de sucesivos presidentes incapaces de contener la crisis, abriendo el escenario nacional a fuerzas políticas no contempladas originalmente dentro de las opciones al poder, como ocurrió con Néstor Kirchner, una figura secundaria del peronismo, pero que ganó consenso mayoritario para derrotar a Carlos Menem. De ese convulsionado escenario destacan dos actores sociales coyunturalmente aliados, la golpeada clase media argentina y el desempleado, conocido por su accionar en la crisis como "piquetero". Este último actor, comienza a destacarse por la incorporación de nuevas formas de lucha social, a partir de la organización a nivel de barrios, de asambleas y comunidades, aportando nuevas fórmulas a las teorías de la lucha popular. Un tema central para este movimiento es el territorio, reinterpretado a partir del escenario de crisis que enfrentan. En este sentido, nos parece importante rescatar la siguiente reflexión de Campione (2004, p. 16):

El territorio, lo 'local' [...] se ha erigido en el espacio de cuestionamiento concreto y directo al modelo de dominación política y social. Se forma un microcosmos reproductivo social que plantea una articulación territorial distinta a la implantada por el capitalismo neoliberal, destructiva de ámbitos y vínculos, promotora de la

individualidad aislada y aislante. Ocupar el territorio es un imperativo estratégico, ocuparlo con cuerpos vinculados solidariamente... la crítica al desempleo no es el eje[...] sino la crítica al trabajo capitalista y a la sociedad que lo sostiene. Desde lo local se cuestiona lo global, no se lucha contra la “exclusión”, para volver a “incluirse”, sino contra la sociedad alienante y explotadora, en su conjunto.

Un tercer actor social se hace igualmente sobresaliente, al ganar en organización y claridad de sus objetivos y propósitos de lucha, el Movimiento de los Sin Tierra (MST), que aunque encuentra su ámbito principal de intervención en Brasil, tiene expresiones similares en otros países del Cono Sur. ¿Cómo tipificarlo? ¿Cómo campesino desposeído? ¿Cómo trabajador desempleado? Tal vez sea una mezcla de lo uno y lo otro, pues resume al hombre con hambre, sin medios de producción que encuentra su única opción en el trabajo de la tierra. Según Joao Pedro Stedile, fundador del MST, la ocupación de tierras en Brasil es un problema histórico y de tanta trascendencia que la legislación lo incorporó al concepto mismo de propiedad. (BRAVAGENTE, 2001, p. 12).

Mas recientemente (abril-mayo de 2005), este original grupo de actores se vió enriquecido con la incorporación de los autodenominados Forajidos de Ecuador, calificativo con el cual el entonces Presidente Lucio Gutiérrez denominó a sectores de la pequeña y mediana burguesía quiteña, que lo hicieron huir del país y forzaron el ascenso a la Presidencia del Vice-Presidente, Alfredo Palacio.

El análisis de estos cuatro actores, expresión de lo que muy acertadamente Carlos Vilas denomina desafíos institucionales a gobiernos constitucionales – aclarando que eran constitucionalmente inoperantes- (Carlos Vilas. Golpes de pueblo contra el neoliberalismo, en fase de publicación en Análisis de Coyuntura. Edición Especial 2005, AUNA-Cuba), nos brinda una valiosa información sobre cuanto han impactado el neoliberalismo y la globalización en nuestros países, provocando la inclusión de nuevos sectores sociales dentro de la gran masa de desposeídos, como resultado del incremento de la brecha entre ricos y pobres. Sin embargo, y a pesar de ser expresión de la nueva configuración socio-política que se ha desatado en la región, aún no alcanzan la necesaria dimensión como para ser identificados con la tan ansiada alternativa política a la situación existente. Hay que entenderlos como actores con un potencial desempeño importante, cuando esa alternativa pueda materializarse. Son indudables factores del cambio social y político, pero necesitan articularse socialmente, ganar en conciencia política y vincularse con aquellas fuerzas que ya tienen una institucionalidad política para gestar el cambio social.

Por qué no se les concede otra connotación política mayor? Los resultados de sus acciones lo demuestran. En primer lugar, la experiencia por la que pasaron las organizaciones indígenas ecuatorianas agrupadas en la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE) y su brazo político Pachakutik, debe ser cuidadosamente analizada. Si bien ya nadie duda de como Lucio Gutiérrez utilizó el prestigio y el empuje social de los indígenas para llegar al poder y después provocar divisiones en su interior, desgastándolos políticamente, no quiere esto decir que no puedan ser viables las alianzas de los movimientos indígenas con sectores políticos con intereses y aspiraciones convergentes. Todo lo contrario, este es un factor imprescindible, si se pretende un cambio político que conlleve a un nuevo proyecto de nación. Esta lectura es muy importante no sólo para el movimiento indígena ecuatoriano sino para los movimientos indígenas de otros países como Bolivia, Perú e incluso México. La verdadera reivindicación de los derechos de nuestros pueblos originarios pasa por la necesaria articulación con otros sectores sociales igualmente marginados y socialmente explotados por el gran capital. Somos una multiplicidad de étnias, razas y sus descendencias gracias a la herencia de las épocas de la conquista y la colonización europea; y sin considerar esa diversidad – sin discriminaciones y respetando los derechos de cada cual-, no se puede pensar en la recomposición de nuestras naciones. Toda opción política que desconozca esa realidad, tiene muy escasas probabilidades de éxito.

El caso de los piqueteros argentinos también nos muestra importantes aspectos para el análisis. Hablamos de un movimiento muy heterogéneo, que aunque tiene sectores con un horizonte político mas claro, han sido muy golpeados por el sistema dominante y su rechazo al “gobierno” y, en particular, a su aparato policial es un factor nada fácil de superar. Esto lo ha hecho vulnerable a las manipulaciones políticas, cayendo consciente o inconscientemente en el conflicto por el poder que protagonizan el actual Presidente Kirchner y su antecesor Eduardo Duhalde.

En cuanto a los Forajidos de Ecuador, llama la atención como tras desempeñar un papel decisivo para la salida de Gutiérrez, no lograron la misma efectividad algunos meses después, con las manifestaciones populares convocadas para protestar contra el evidente compromiso de Palacio, con la oligarquía tradicional vinculada al capital transnacional.

DE LA RESISTENCIA A LA TOMA DEL PODER POLÍTICO

A diferencia de los actores mencionados, hay que resaltar la emergencia de otro grupo de actores, organizados mediante partidos políticos

de larga data – Peronismo de Argentina, Partido de los Trabajadores (PT) de Brasil y Frente Amplio de Uruguay-, que tienen como rasgo definitorio el acceso al poder por la vía de las urnas. Un segundo rasgo común a señalar, en una caracterización inicial de estos actores políticos, es que sus gobiernos son resultantes de profundas situaciones nacionales de crisis; expresión de la ingobernabilidad de los partidos tradicionales que habían alcanzado el poder. Por supuesto, no se desconocen las vinculaciones socio-políticas entre ambos grupos de actores – por ejemplo, el apoyo político del MST a Lula en Brasil; de algunos sectores de los piqueteros a Kirchner en Argentina-, pero, no resultaron factores decisivos para el ascenso al poder de los nuevos gobiernos.

Tal vez, en lo que a crisis económica se refiere, Brasil pueda presentarse como un caso a diferenciar, debido a que con el gobierno precedente –Fernando Henrique Cardoso- los indicadores económicos no revelaban los desastrosos resultados que se apreciaban para los casos de Argentina, Venezuela y Uruguay. Pero, los indicadores sociales fueron decisivos para el ascenso del (PT) al poder en enero de 2002. Theotonio dos Santos nos ilustra esta realidad cuando recuerda que en el año 2001, el crecimiento del Producto Interno Bruto brasileño fue de 1.5%, en un país en el cual la población crece al 1.3%, con un mercado de trabajo nacional que absorbe anualmente sólo el 2.3% de la población laboralmente joven del país. Siguiendo este razonamiento cada año se genera una increíble masa de desempleados, fuente inevitable de la violencia social, un tema de máxima urgencia en Brasil. (SANTOS, 2004, p. 486).

Otro rasgo a mencionar, el tercero, está relacionado con el hecho de que todos estos nuevos gobiernos fueron ubicados por la opinión pública dentro del ámbito de la izquierda, lo cual evidenció un superficial análisis del tema. En realidad, tanto Lula con el PT, como Tabaré Vázquez, con el Frente Amplio de Uruguay, debieron negociar con sectores de centro y de la derecha. En cuanto a Kirchner, es obvio que una figura emergente del peronismo, no debía ser ubicada dentro del amplio espectro de la izquierda argentina. En cuanto a Chávez, un ex - militar golpista, se ganó rápidamente el calificativo de izquierdista no sólo por sus tempranos vínculos con Cuba, sino por su inmediato programa de gobierno a favor de las mayorías empobrecidas de su país, que dieron muestras de su respaldo decisivo al nuevo gobierno, en un hecho sin precedentes como el frustrado golpe de estado de abril de 2002. en la medida en que Venezuela y Cuba fueron profundizando sus relaciones, hasta convertirlas en lo que hoy representa una alianza estratégica, Chávez es caracterizado como izquierdista y populista radical. (BLASTS, 2005).

De todas formas, no hay dudas en cuanto al precedente que se ha marcado con estos gobiernos democráticamente electos, en una región cuya historia recoge rápidos operativos encubiertos o directos golpes de estado para sacarlos del poder. Tal vez cabe señalar, que estos gobiernos, además de verse favorecidos por la pérdida de credibilidad de sus tradicionales oponentes políticos y contar con el mayoritario apoyo popular, también se beneficiaron de un contexto internacional en el cual, los temas de la democracia, la gobernabilidad y los derechos humanos, eran favorecidos por los grandes centros de poder mundial.

No obstante, la complejidad e importancia del tema exige algunas reflexiones. Buscando ir mas a la esencia del problema que a las grandes y abundantes teorizaciones, resulta útil la interpretación sobre la izquierda que coloca Stolowicz (,2005, p.171), quien nos recuerda que,

La esencia identitaria de la izquierda es la búsqueda de la emancipación humana, que no es posible sin igualdad social. Desde la segunda mitad del siglo XIX, esa búsqueda está asociada a una crítica al capitalismo y al propósito de construir una sociedad sin explotación ni dominio de una minoría sobre la mayoría[...].

La caída del llamado “socialismo real”, la desmovilización de la inmensa mayoría de los movimientos armados, y las múltiples interpretaciones de la realidad política que van surgiendo desde diferentes partidos de izquierda a inicios de los años ´90, hizo necesaria la creación de un nuevo espacio regional para evitar una desarticulación de las fuerzas identificadas con ese signo político. Si bien el llamado Foro de Sao Paulo ha desempeñado un importante papel histórico en la difícil coyuntura que le ha correspondido actuar, también ha sido el escenario en donde afloraron las mencionadas diferencias políticas, que consciente o inconscientemente, “han hecho el juego” al neoliberalismo imperante. El resultado de éstas tendencias ha sido lo que algunos denominan como “izquierdas de saco y corbata” o “constitucional”, en alusión a aquellas fuerzas que establecen niveles de coexistencia con el gran capital. Sobre esto apunta Colussi (2005, p. 171):

¿Son ‘traidores’, ‘vendidos al capitalismo’? Eso es una consigna principista que no pasa de discurso emotivo falto de profundidad analítica. La izquierda constitucional hace lo que puede; y hoy, en los marcos de la post Guerra Fría, con el triunfo de la gran empresa y el unipolarismo vigente –más aún en la región latinoamericana, histórico ‘patio trasero’ de la superpotencia hegemónica- es poco lo que tiene por delante: si deja de pagar la deuda externa, si piensa en plataformas de expropiaciones y poder popular y se atreve a armar a sus pueblos, sus días están contados. Pero Kirchner, Lula, Vázquez o (Ricardo) Lagos ¿hablaron en algún momento de revolución socialista en sus campañas proselitistas? ¿Levantó alguno de ellos las mismas

consignas que, tres décadas atrás, proponían los movimientos armados que, sin ningún complejo ni temor, hablaban de comunismo y de confiscaciones, y a los que directa o indirectamente ellos pertenecían o apoyaban? Sin lugar a dudas que no.

Ya un análisis de determinados casos revela otros interesantes elementos; comenzando por diferenciar los componentes socio-clasistas que se articulan en cada una de éstas fuerzas. En Venezuela, país en el cual las reacciones sociales contra el sistema imperante tienen antecedentes más lejanos en el tiempo – con el Caracazo o el intento de golpe militar de Chávez -, se forja un movimiento político en torno a la figura de un ex –militar golpista, en un escenario donde los niveles de pobreza se desbordaron y las grandes masas desposeídas, desempleadas y marginadas han dado el apoyo decisivo al Presidente. En este caso, el chavismo se apoya en este sector fundamental de la población, en algunos segmentos del campesinado y el movimiento obrero; y sobre todo, en las fuerzas armadas, lo que ha facilitado al gobierno bolivariano argumentar sobre la importancia de la alianza político-militar, como factor esencial para salvaguardar los cambios asumidos por su gobierno en el país.

El caso de Uruguay tiene también sus particularidades. Como es conocido, el Frente Amplio se fundó en 1971 por el General Liber Seregni pero, el camino recorrido hasta el triunfo electoral de octubre de 2004 ha sido largo y difícil. Para las recientes elecciones y tomando como experiencia lo ocurrido en las elecciones de 1999, cuando la derecha se cohesionó para derrotarlo, se trabajó una política de alianzas que resultó decisiva para el triunfo. Al Frente Amplio se sumaron el Encuentro Progresista y Nuevo Espacio; además de el movimiento sindical –PIT-CNT-, la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU), así como diversas organizaciones empresariales, de jubilados, sociales y barriales. Tabaré Vázquez fue el candidato del Encuentro Progresista –Frente Amplio- Nueva Mayoría, alcanzando la victoria en la primera vuelta y logrando la mayoría absoluta en el Parlamento.

La situación nacional que encuentra el nuevo gobierno es crítica. Un ensayo elaborado por el propio Tabaré Vázquez revela cifras alarmantes. Casi un tercio de la población, aproximadamente un millón de uruguayos vive en condiciones de pobreza; de ellos 100, 000 en la indigencia. Llama la atención la cifra de jóvenes menores de 18 años en condiciones de pobreza, el 60% de la población, un potencial factor de violencia social. Casi un millón de hombres y mujeres están desempleados o sub-empleados. Casi la mitad de la población económicamente activa –unas 750,000 personas no tienen cobertura de seguridad social. Mas de 300,000 uruguayas y uruguayos no tienen cobertura de salud pública, mucho menos privada. Apenas el 20% de los alumnos que

ingresan a la enseñanza secundaria logran egresar. Mas de 100,000 han emigrado del país. (VÁZQUEZ, 2005, p. 103).

El tercer caso, Brasil, atrajo la atención mundial porque por primera vez en la historia de ese país, un líder sindical alcanzó la Presidencia de la nación, con un convincente apoyo popular. Brasil está considerado entre las primeras diez economías del planeta; aunque su extensa geografía está llena de enormes contrastes. No cabe la menor duda que este factor estuvo muy presente en la estrategia del gobierno Lula, que estableció alianzas con importantes sectores del gran capital nacional, como la elección para Vice-Presidente de la república de José Alencar, magnate de los textiles brasileños y líder del centrista Partido Liberal. Este controvertido pacto fue calificado por Alencar como “una nueva sociedad política [...] donde Lula representa el trabajo y yo represento el capital.” (BURBACH, 2002, p. 57).

En la lógica de Lula, que explicitó su intención de acabar con el hambre y la desnutrición de mas de 20 millones de brasileños, el apoyo económico y político de sectores del gran capital nacional aparecía como algo imprescindible. Esta decisión le ganó importantes críticas desde los inicios de su mandato. El conocido sociólogo Francisco de Oliveira escribió sobre el “estilo gerencial” de Lula, refiriéndose tanto a ésta alianza con el gran capital como al continuismo en muchas políticas iniciadas por Fernando Henrique Cardoso. (OLIVEIRA, 2003).

Como es conocido, el clímax de las críticas a Lula y su equipo se transforma en crisis política en el verano del 2005, cuando salen a la luz pública informaciones sobre el pago de cantidades fijas de dinero a diputados del PT, para garantizar que votasen a favor de las propuestas del gobierno; además del financiamiento ilegal de campañas electorales. A pesar de reconocerse que este tipo de acciones ilícitas no es nuevo en la política brasileña, la connotación que tiene con Lula sobrepasa todo lo anterior. Ocurre que ahora se trata del primer partido de izquierda en el poder y que su descrédito puede llevar a una fragmentación sin precedentes de la izquierda nacional.

Mas allá de que la crisis alcance directamente o no a Lula, el gobierno del PT está en crisis y los escasos logros exhibidos por Lula en su gestión presidencial no tienen muchas opciones de sostenibilidad, de producirse el cambio a un gobierno de otro signo.

No obstante, a pesar de lo aguda de la crisis política, existe una gran base de izquierda que continúa viendo en Lula a su mejor opción. Esto lo ha comprendido el Presidente y se ha lanzado a un reencuentro con las bases del PT. Si logra ser creíble y convincente, puede mantener algunas opciones

de reelección para el 2006; pero no caben dudas de que las fuerzas de la derecha, en particular la social-democracia de Fernando Henrique, se han fortalecido con la crisis.

Como puede apreciarse esta amalgama de actores, expresión de una nueva configuración socio-política regional, aunque muy diversa en sí misma, refleja el amplio espectro de problemas que ha acumulado nuestra región a lo largo de toda su historia. En correspondencia con esto, no puede esperarse que funcione una única receta, porque cada caso nacional encierra sus propias dinámicas y particularidades.

Sin embargo hay algunos factores que llaman la atención y demandan de cierto análisis como son:

1. La necesidad de distinguir entre los actores sociales que logran evolucionar hasta convertirse en movimientos con definiciones y metas políticas, incluida la toma del poder, de aquellos otros que no logran esas articulaciones y se quedan sólo en el plano de la resistencia al sistema establecido.
2. La construcción de una cultura política que permita visualizar todo lo que implica acceder al poder político, una visión integral y abarcadora de todos los problemas que se tienen que enfrentar; la estructuración de una fuerza política organizada; la definición de un programa de gobierno, la claridad suficiente como para identificar las posibles alianzas políticas; el conocimiento de todos aquellos factores internos y externos que inciden sobre el gobierno nacional; sacar toda la experiencia posible de los errores precedentes; la defensa de la legitimidad y la credibilidad democrática del nuevo gobierno; y, sobre todo, no perder los canales de retroalimentación con las bases sociales que lo sustentan. En fin, saber erigirse como una alternativa política viable al orden pre-establecido.
3. El tremendo desafío que significa haber vivido marginado durante siglos o en la oposición política durante mucho tiempo y encontrarse de repente ante la oportunidad de formar parte de un nuevo poder político emergente. Esto implica profundos cambios en la psicología política de los individuos y en su propia cultura política, lo cual no se alcanza de la noche a la mañana.
4. La capacidad de consolidar la nueva alternativa política mas allá de la coyuntura, conscientes de que para revertir tan enorme acumulación histórica de problemas hay que convencer al electorado nacional de la necesidad de un proyecto de al menos mediano plazo, manejar las maniobras de la oposición interna con respecto a este delicado tema y, sobre todo, resistir los embates de Estados Unidos y el controlado mundo de los grandes medios de comunicación.

LA HISTORIA Y LAS LECCIONES DEL PRESENTE

Al menos tres son las lecciones que se deben rescatar de la historia reciente para intentar cumplir con el propósito enunciado. La primera, el efecto desmovilizador provocado por la violencia generada por la tríada intervenciones militares de Estados Unidos-dictaduras militares latinoamericanas- operativos encubiertos estadounidenses. Los resultados fueron decenas de miles de muertos, desaparecidos, desplazados, decepcionados, etc., siendo un factor a tener muy en cuenta. La segunda lección, la pérdida progresiva de credibilidad de los partidos políticos tradicionales, tanto de la derecha como de la izquierda, generando masivas decepciones y deserciones. La tercera lección, tiene que ver con un tema crucial, la estabilidad y consolidación de los regímenes democráticos. La historia de América Latina muestra un elevado déficit democrático, que se explica, inicialmente, por la directa incidencia de la primera de las lecciones enunciadas; pero tiene otras muchas aristas. El propio proceso de construcción del estado nación en nuestra región, llega hasta la actualidad con no pocos pendientes y fisuras. Estados muy vulnerables económicamente y subordinados al mercado y los capitales externos, principalmente estadounidenses. Dependientes políticamente de Estados Unidos, a riesgo de sufrir los efectos ya conocidos, acumulando una enormidad de problemas sociales agravados con el paso del tiempo. Tal situación ha generado un conjunto de problemas que, lejos de solucionarse, se han agravado bajo las condiciones impuestas por la globalización y el neoliberalismo, como la corrupción administrativa, los fraudes políticos, y la violencia social. Este último, hoy ha pasado a convertirse no sólo en un problema de seguridad nacional para nuestros países, sino en uno de los grandes desafíos regionales a enfrentar.

Durante los últimos años, en que se han identificado diversos movimientos de resistencia y la emergencia de nuevas fuerzas políticas, una gran interrogante ha sido, ¿cuál es la alternativa política para los males existentes? Hay que decir que el argumento de la no existencia de una alternativa definida y coherente, ha sido una de las grandes críticas de las fuerzas opuestas al cambio. Muchas reuniones, foros internacionales no han trascendido del plano declarativo. Por supuesto, no se da mucha relevancia al hecho cierto de que se habla de foros en los cuales convergen las mas diversas fuerzas sociales y políticas, lo que conlleva a plataformas de trabajo muy generales que después hay que trasladar a las realidades nacionales, siendo ese el mejor ámbito para su concreción. Pero, inmerso en éstas dinámicas está, indiscutiblemente, el agotamiento de fuerzas progresistas y de izquierda, que desempeñaron roles importantes en otros momentos históricos, pero que ahora, no parecen preparados o peor aún, parecen descolocados de la realidad política nacional, para enfrentar los cambios que se necesitan.

Un gran déficit histórico que ha permeado a muchas de éstas fuerzas, ha sido su poca o nula capacidad para articularse con otras fuerzas similares, desechando protagonismos, en función de un interés nacional. En esto hay que decir, que la derecha ha llevado una histórica ventaja. Tabaré Vázquez y el Frente Amplio, sufrieron los efectos de esa práctica durante las elecciones de 1999, cuando los Blancos y los Colorados se aliaron para derrotarlo en la segunda vuelta electoral.

Por supuesto, un factor derivado de lo anterior, es el nivel de consolidación que logren las nuevas alianzas políticas, plasmado en programas concretos de gobierno. El gran riesgo, y ya lo vimos con Lula, es buscar la complacencia de sectores económicos clave, para alcanzar la mayoría de votos necesarios, a expensas de las concesiones que vendrán posteriormente. Lamentablemente, este no es el único ejemplo. Ecuador hoy vive bajo un gobierno de derecha, apoyado por determinados sectores de la izquierda nacional. Franck Gaudichaud, resume tan lamentable desenlace con las siguientes palabras:

[...] dos años después de su llegada al gobierno, el presidente Lula es el niño mimado de los medios financieros y del agrobusiness. Y en los últimos meses, a imagen y semejanza de los ejecutivos anteriores (que Lula tanto criticaba cuando todavía su militancia era consecuente), el gobierno brasileño se encuentra inmerso en una vasta red de corrupción. No cabe duda de que esta deriva es el producto de una lenta transformación del PT desde hace más de veinte años. Y si en ese país-continente la izquierda se muestra incapaz de implementar alternativas, cómo asombrarse al ver que el mismo guión se repite en países pequeños[...] (GAUDICHAUD 2005).

Este criterio es reafirmado por la investigadora uruguaya Beatriz Stolowicz, quien recuerda como meses antes de su triunfo electoral, Tabaré Vázquez, durante una visita a la sede del Banco Interamericano de Desarrollo en Washington, D.C., habló de la asunción “ responsable de los compromisos internacionales de Uruguay”, a la vez que anunciaba la designación de Danilo Astori como Ministro de Economía. Según Stolowicz (2005, p. 169-170), “ambos gestos fueron entendidos como señales para ‘tranquilizar a los mercados’ y para ganar el voto del centro y la derecha en Uruguay. Las transnacionales de la información los difundieron ampliamente.”

ALGUNAS CONSIDERACIONES PARA ESTIMULAR UN DEBATE ABIERTO

De este “mare mágnum” de acontecimientos, se puede extraer como conclusión la emergencia de nuevas tendencias políticas con características bien definidas. Comencemos por analizar lo que parece estar convirtiéndose

en un “liderazgo político emergente”, siendo ya gobierno o avanzando sostenidamente hacia esa meta. Bajo ese presupuesto, véase dos ejemplos, Néstor Kirchner en Argentina y Andrés Manuel López Obrador en México. El primero, Presidente de su país; el segundo, el mas fuerte aspirante en el aún hoy prematuro escenario electoral mexicano. Y pueden sumarse otros nombres, como José Serra o Fernando Henrique Cardoso, en Brasil, figuras expectantes ante el desenlace final de Lula, o la candidata socialista chilena Michele Bachelet y el propio Tabaré Vázquez.

¿Qué tienen en común estos políticos? En primer lugar, son políticos que saben que su contexto nacional está marcado por los efectos del neoliberalismo; y por tanto, tienen (ya Fernando Henrique lo hizo), que desarrollar sus programas de gobierno en esa realidad, por considerarse incapaces para hacerlo o porque no pretenden cambiarla. En segundo lugar, son exponentes de sectores de poder que defienden determinados intereses nacionales (financieros, comerciales), que saben sus límites en la relación con el gran capital transnacional y han comprendido que deben trabajar por preservar sus ámbitos domésticos. En tercer lugar, logran determinados espacios de apoyo tanto en la derecha mas moderada, como en la izquierda menos radical. Esto permite acuñar los términos de centro-derecha y centro-izquierda, con todas las ambigüedades que demandan tales definiciones. En cuarto lugar, representan una opción anti-crisis, lo que les aporta un determinado consenso social, frente a los graves problemas acumulados en sus países. En quinto lugar, y puede ejemplificarse con la gestión de Kirchner, o ser algo mas especulativo con el caso de López Obrador, hablamos de políticos conscientes de que deben desarrollar una alta habilidad para defender espacios de independencia nacional frente a Estados Unidos, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio, sin generar rupturas.

Mas allá de aceptar o no la existencia de este nuevo liderazgo político, que puede ser interpretado como una derivación o expresión de la tan llevada y traída “tercera vía”, lo cierto es que un denominador común para este grupo de políticos, es que no buscan sustituir el sistema vigente y, para ello, se apoyan en la conciliación entre los intereses menos “radicales” de ambas partes. No obstante, para ayudar a una mejor comprensión del fenómeno descrito, préstese mucha atención a las siguientes reflexiones de Stolowicz (2005, p. 173-174):

“[...] el nuevo tercerismo es una estrategia político-ideológica de conservación del capitalismo, que busca desligarlo del desprestigio del neoliberalismo y preservarlo de crisis sociales y políticas. Tiene como objetivo neutralizar la potencialidad de cambio de los proyectos alternativos de la izquierda partidaria y social [...] Es una estrategia de los sectores dominantes para neutralizar a una izquierda que crece

en convocatoria social y electoralmente, para ´modernizarla como centro´, es decir, hacerla ´moderada´ en sus fines. La eficacia ideológica de la estrategia está en que encubre el objetivo de la moderación de los fines bajo la forma de la moderación de los medios, lo que se presenta como ´realismo´.

Las señales de alarma están activadas, sin renunciar a las grandes expectativas sobre los cambios que pueden ocurrir. Como siempre, el papel de los movimientos populares, organizados, debe ser decisivo. Venezuela, con la necesaria consolidación de su proceso político y el ALBA, un instrumento regional de incalculable valor para la articulación multilateral-regional, son factores a tener muy en cuenta, para que la tan ansiada alternativa al sistema vigente, no se esfume como en otras tantas ocasiones en el pasado. El debate queda abierto.